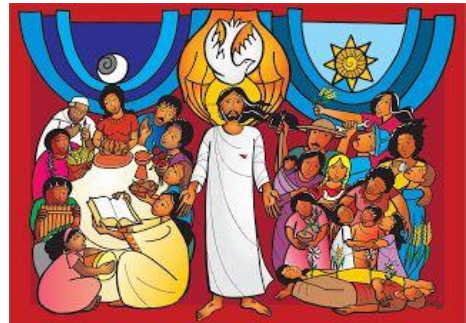


Domingo XXXIV durante el año - Lc. 23, 35-43

En nuestra vida cotidiana, en nuestros diálogos y relecturas de lo que vivimos, más de una vez nos encontramos esperando que Dios nos salve de tal o cual situación, que intervenga para poner fin a las guerras y conflictos, para arremeter contra aquellos que las provocan, para acabar con el hambre y la pobreza, para curar enfermedades, para resolver las consecuencias del deterioro de la tierra, de los mares, del aire que respiramos.

Los contemporáneos de Jesús no fueron ajenos a este modo de entender a Dios y su intervención en la historia humana, reflejado en preguntas como: *“¿es ahora que vas a restaurar el reino de Israel?”*, esperando que Jesús tome decisiones que terminen con la dominación romana; o también, *“¿quieres que hagamos caer fuego del cielo?”*, para castigar a los que no reciben la propuesta de la buena noticia. El mismo Jesús experimentó la tentación de un mesianismo triunfador: el de hacer que las piedras se conviertan en panes; el de dejar que la multitud lo coronase rey luego de comer hasta saciarse; el de evitar el sufrimiento que conlleva el amor por las personas en especial por los últimos, en las palabras que Pedro le sugiere ante el anuncio de la pasión; o el de bajarse de la cruz para demostrar que es rey, como le piden quienes lo ven crucificado.

Sin embargo, Jesús elige una y otra vez, a lo largo de toda su vida, otro modo de hacer presente la acción bondadosa y salvadora de Dios, a través de sus palabras, sus gestos, y sus decisiones. No como el poder de salvarse a sí mismo y hacer también ese favor a otros, en una relación que se impone desde arriba y desde afuera, sino todo lo contrario, como la fuerza de un amor capaz de suscitar vida desde dentro de las personas y desde abajo de toda realidad, allí donde lo nuevo quiere nacer, en los inicios pequeños y comunitarios, incipientes y generosos; allí donde la creatividad está al servicio de una vida más justa y reconciliada.



Es lo que sucede en este relato que hoy nos ofrece el evangelio de Lucas, en ese diálogo de Jesús con uno de los que padece junto a él. En medio de ese horror que significaba la crucifixión, el despojo total de toda dignidad y derecho, el sufrimiento sin posibilidad de alivio, allí acontece un espacio salvador de encuentro, de mutua empatía, de capacidad última de reconocer responsabilidades e inocencias y de pedir perdón y perdonar. En medio de lo inhumano, un gesto de humanidad. Allí, Dios reina, salva, perdona.

Si miramos en nuestra vida cotidiana, en nuestras historias mínimas y las de tantas hermanas y hermanos, podemos descubrir gestos así, que hacen presente y actual el estilo en que Jesús vive y anuncia la presencia de Dios, siempre amigo de la vida en abundancia. Allí donde experimentamos la reciprocidad, la autoridad como servicio que posibilita caminos y oportunidades de crecimiento, allí donde “el débil a su hermano fortalece”, como cantamos en comunidad.

Esta fiesta que hoy celebramos en el último día del año litúrgico puede ser ocasión para reconocer y agradecer, una vez más, que nuestro Dios manifestado en Jesús de Nazareth no tiene otro modo de poder que su amor incondicional, más fuerte que toda forma de mal, con el que continuamente sostiene y suscita nuestra vida y la de todos los seres, haciéndonos partícipes y colaboradores de su proyecto de Reino.

Carina Furlotti